

## Nostalgia

Éramos jóvenes, quizá demasiado jóvenes para tan alta responsabilidad. Sin embargo, esa juventud es la que te lleva, con un impulso irrefrenable, a luchar por tus objetivos, aportándote el entusiasmo necesario para alcanzar tus metas, por lejanas e inalcanzables que estas parezcan. Sí, es cierto, rebosábamos juventud pero al mismo tiempo llevábamos toda nuestra vida preparándonos para aquella apasionante tarea. Es cierto, que en la universidad habíamos aprendido las herramientas y los conocimientos necesarios que, a modo del encofrado de un edificio, nos ofrecía una sólida base para convertirnos en los profesionales que aspirábamos —con humildad y tesón— llegar a ser. Después, la búsqueda individual de nuevos conocimientos, las lecturas de los grandes maestros y la contraposición de ideas con los colegas de profesión, iba poniendo paredes, puertas, ventanas y todas las instalaciones necesarias a ese inmueble. En nuestro gremio nunca terminan las obras. Siempre es necesario hacer mejoras, reformar. Es imprescindible seguir formándose, estar al día, seguir aprendiendo. De cualquier modo, no olvido que para la construcción de ese «edificio», existió algo muy importante en el origen, un arquitecto: la vocación. Sí, todos los que compartíamos aquel proyecto habíamos sentido aquella «llamada», para dedicar nuestras vidas al noble arte de la enseñanza.

El caso es que nos encontrábamos en la sala de profesores un viernes de primeros de marzo de 1981. El sol entraba perezoso a primera hora de la tarde. Salvador bajó un poco las ruidosas y pesadas persianas de plástico que un día fueron blancas. «Subirlas ya es otro cantar», pensé yo esbozando una sonrisa. El azul de las ventanas de hierro refulgía, tornándose casi celeste. Los rayos oblicuos descubrían una infinidad de motas de polvo en suspensión. Amparo se disponía a tomar la palabra sentada en una de las nuevas mesas que nos acababan de enviar. El cambio del viejo mobiliario de madera, por aquella nueva colección de pupitres y mesas de hierro y railite, ayudaron a ir desterrando el estilo de escuela decimonónica.

—Compañeros, como sabéis, el último día de clase antes de fallas es el día 14. Propongo que los niños realicen un trabajo sobre las efemérides del día—. Francisco, con su gran bigotón, dejó de arrellanarse y se removió incómodo en el butacón de escay negro:

—No es que me desagrade tu idea, Amparo, pero acaba de ser el intento de golpe de estado. Creo que deberíamos trabajar sobre esto—. Su voz sonaba firme aunque conciliadora. Fernando apuró su *Ducados* y miró al resto escrutando sus miradas antes de hablar.

—La cosa está demasiado reciente y no creo que a dirección le haga demasiada gracia que toquemos el tema justamente ahora.

—Justamente es ahora el momento de trabajarlo con los alumnos—comentó Lucía— Están escuchando un sinfín de noticias y de programas especiales en televisión. Nosotros podemos ayudarles a entender lo que está aconteciendo.

El ambiente se fue caldeando y se sucedieron las intervenciones en tono cada vez más alto, atropellándose unos a otros en sus comentarios. Mi cuerpo permanecía allí, pero mi mente estaba viajando a través de aquel bello cielo azul, retornando a mi pueblo. Me veía allí jugando con mis amigos junto al lavadero. Mi madre me observaba sonriente, mientras de rodillas lavaba la ropa en aquella agua fría y limpia. Un chucho de mil padres estaba ladrando a un enorme gato negro que, con la espalda arqueada y el pelo erizado, le miraba desafiante. Escuchar mi nombre me sacó bruscamente de aquella dulce ensoñación:

—Tomás, ¿tú que opinas de todo esto?—. José logró que todos callaran con su potente voz. El ambiente estaba cargado de tabaco y de incomodidad. Mi timidez me ayudó a medir mis palabras:

—En mi opinión todos tenéis parte de razón. Es cierto que es un tema que debemos tocar, aunque entiendo que para algunos quizá el momento sea prematuro, y por otra parte, trabajar en las efemérides del día puede motivar y liberar de tensiones al alumnado y a nosotros mismos, si me lo permitís—. Hice una pequeña pausa y tuve el casi perverso placer de que todos me observaban atentos.—Yo propongo que abordemos «el tema» desde una perspectiva indirecta, por ejemplo, que el tema sea: LA DEMOCRACIA, y al mismo tiempo, que otros preparen y tutelen a diferentes grupos de niños que trabajen en equipo sobre las celebraciones del día. ¿Qué os parece?—. Con mayor o menor entusiasmo por parte de mis compañeros, el claustro aprobó mi propuesta. Todos nos dirigimos a la biblioteca y subimos en tropel trotando sobre aquellos ruidosos escalones azules de chapa. Alguien dijo irónicamente, que parecíamos ñus en la «gran migración» desde el Serengeti al Masái Mara. Nos distribuimos en la gran mesa y comenzamos a extraer pesados volúmenes de las viejas estanterías. Transcurridos unos minutos brotaron las primeras ideas:

—¿Sabíais que el 14 de marzo de 1794 el inventor americano Eli Whitney patentó la desmotadora de algodón? Gracias a su invento, se podía separar rápida y fácilmente las fibras de algodón de las vainas—, explicó Ernesto. —¡Este tema es mío!—, dijo contento como un niño. Lucía se apuntó también.

—Pues yo me quedo con el 101º aniversario del nacimiento de Albert Einstein. Ahí lo dejo, chicos—, espetó Chon, guiñando graciosamente un ojo. Amparo se fue con ella. Adela y Ana propusieron como tema, la vida del naturalista Félix Rodríguez de la Fuente, que curiosamente nació y también murió un 14 de marzo. De su muerte se cumplía el primer aniversario. Por su parte, Antonio —por descontado— eligió celebrar el «Día del número PI», 3/14 en su forma anglosajona. Se le unió Fernando. Francisco y Salvador trabajarían sobre Karl Marx que falleció un 14 de marzo de 1883. A mí, a Inma y a Ana nos tocó desarrollar el tema de la democracia. Ahí es nada. Nos dirigimos al bar de enfrente del colegio y se formaron los inevitables corrillos por afinidad. Inma comentaba en voz baja:

—No es fácil consensuar una decisión cuando se mezcla ideología con enseñanza. Sin embargo, como profesionales, debemos alcanzar la excelencia y provocar en nuestro alumnado el placer de aprender, el pensamiento libre y crítico, anteponiendo esto a nuestras tendencias políticas o religiosas.

—Desde luego—apostilló Ana—. Debemos inculcarles valores éticos universales , como son: el respeto, la tolerancia, la bondad, la paz, la solidaridad, la justicia, la honestidad y la honradez, entre otros—. Algunos parroquianos nos miraban con extrañeza. Escuchaban palabras sueltas y no entendían nada. Allí estaban con sus vidas monótonas y aburridas, cansados y derrotados, tomando cervezas y quemando un cigarrillo tras otro. Sus conversaciones eran casi siempre fuera de tono, con voces roncas y desgarradas por años de maltrato a la salud. Salimos de aquel antro humeante y grasiento y cada uno se dirigió a su casa.

La semana siguiente la dedicaba el colegio a competiciones deportivas: fútbol sala, baloncesto, balonmano y atletismo, y concursos culturales de diversa índole, como eran los de declamación, dibujo o preguntas y respuestas. También se confeccionaba un monumento fallero que sería pasto del fuego purificador el día 14. Los tutores y sus equipos de trabajo, cuyos integrantes eran de diferentes cursos y por lo tanto, edades, nos afanábamos en la preparación de nuestra propuesta para el gran día. El colegio estaba en plena ebullición, con un sinfín de alumnos, por momentos compitiendo, y acto seguido colaborando en sus proyectos. La ilusión era máxima, entre otras cosas, porque los padres estaban invitados a un gran evento en el que se iban a presentar todos los trabajos en el salón de actos. El día 12, el claustro analizó los proyectos para aconsejar los últimos retoques y preparar el orden de presentación. El trabajo realizado había sido excelente, tanto en la calidad de los contenidos, como en la presentación. Los alumnos crearon verdaderas obras de arte con sus collages, sus carteles y sus dibujos; hicieron fotomontajes, entrevistas a diferentes personajes, bailes, canciones y hasta teatrillos. Los mayores ayudaban a los pequeños, y los profesores y algunos padres voluntarios, a todos.

Por fin, llegó el gran día. Valencia amaneció con un sol radiante y un azulísimo cielo totalmente despejado. La suave brisa nos recordaba la cercanía de nuestro amado Mediterráneo. Nada presagiaba lo que iba a ocurrir después. Los equipos habíamos tomado el salón con todo el material; se escuchaba a Ana probando el sonido; más allá, varios chicos colgaban unos enormes cartelones y otros hacían lo propio con unos retratos en blanco y negro. Una enorme paloma de la paz colgada de invisibles hilos de nylon, casi parecía volar con su cuerpo rígido. En un lateral del escenario, unas chicas se retocaban el maquillaje mientras ensayaban nerviosas sus diálogos. Los focos se movían creando una coreografía enloquecida con sus halos de luz. Pese a la tensión lógica previa a un evento de este tipo, el ambiente era festivo y emocionante. Se escuchaban risas y grititos nerviosos; abundaban las miradas cómplices de ojos brillantes; se respiraba cultura, aprendizaje, creatividad. Detrás de mí alguien abrió una de las puertas de acceso. Un gesto de Lucía me indicó que me girara. Entraba el director del centro acompañado por un hombre de gesto frío e inteligente. Vestía un traje cruzado de raya diplomática con un pañuelo blanco en la solapa, corbata negra de seda —bastante estrecha— e impecables mocasines castellanos. Miraba con extrañeza por encima de sus gafas gruesas de pasta. Los decibelios descendieron y pareció que los movimientos de los alumnos se ralentizaran. José Luis le iba acompañando y comentando cada trabajo. Sudaba

profusamente y se le veía muy incómodo. El Sr. Robles, que así se llamaba, era un inspector del Ministerio de Educación. Por momentos asentía al escuchar las explicaciones de nuestro director pero las más de las veces movía la cabeza con un signo de clara reprobación. A los pocos minutos de haberse marchado, la Srta. Moorishrock nos avisó a los profesores para que acudiéramos a la sala de reuniones para hablar con el director:

—Sentaros, por favor. Al parecer un grupo de padres se han quejado a inspección educativa por el tratamiento que se le ha dado al tema de la democracia, especialmente las referencias a Franco, la guerra civil, el golpe de estado y la república, y que además se vaya a hablar de K. Marx. O eliminamos esos temas o se cargan la presentación—. Al pañuelo de José L. no le cabía ni una gota de sudor más. Aquellas palabras cayeron como una bomba en la sala. La indignación se desató:

—¡Esto es una indecencia!—Francisco se levantó encolerizado.—Los temas se han tratado con seriedad y objetividad. ¡Esto es un colegio, aquí no hacemos política!

—¡Tenemos derecho a la libertad de cátedra, y la libertad de expresión está amparada en la Constitución del 78 y en la Declaración Universal de los Derechos Humanos!

—, añadió Amparo. El director miraba cariacontecido:

—Os doy toda la razón. Cuatro nostálgicos y un censor no pueden cargarse este magnífico trabajo. Os apoyaré en la decisión que toméis, cueste lo que cueste. La decisión fue unánime: seguimos adelante. Abracé a José L. por su valentía.

El salón estaba lleno hasta la bandera. Los alumnos no se habían enterado de nada, afortunadamente. Comenzó la presentación con normalidad hasta que llegó el trabajo sobre Marx. De repente, cuatro o cinco asistentes se pusieron en pie gritando como locos, exigiendo la retirada de la foto. Otros padres se levantaron para hacerlos callar, pidiendo respeto. Hubo insultos y empujones hasta que los energúmenos se marcharon del recinto entre abucheos. Sonó una agradable música para calmar los ánimos, y ya recuperados del susto, reanudamos el acto. Había llegado el turno del trabajo sobre la democracia. Como preámbulo, y con una gruesa edición de la Constitución en mis manos, pronuncié un breve discurso a favor de la convivencia pacífica, el respeto a la pluralidad, y en defensa de los valores democráticos. De repente, ahogando los últimos aplausos, entraron de nuevo los cuatro gañanes acompañados de al menos diez hombres más, y sin mediar palabra, comenzaron a arrancar y a destruir todo el material, y a golpear a cuantos intentaron detenerlos. En plena batalla campal, los profesores y algunos padres desalojamos a los niños de allí rápidamente. Cuando volvimos al salón, la situación era dantesca: decenas de personas magulladas e incluso heridas, sillas volando, gritos, insultos y ropa hecha jirones. Entre los padres, profesores y personal no docente fueron expulsando a los agresores. Uno de ellos, viéndose acorralado, sacó un revólver apuntando a Fernando. Un fuerte empujón por detrás hizo que se disparara el arma. La bala rozó a mi compañero. Solo recuerdo caer de espaldas y perder el sentido. Desperté en el hospital a las pocas horas. Allí estaba mi madre junto a mis compañeros emocionados. En sus arrugadas manos sostenía mi libro de la «Carta Magna» con un perfecto agujero en el centro.